

Prólogos

Abejas tejedoras

MARI CARMEN DíEZ NAVARRO

Al leer este precioso libro no he podido evitar que me saltaran algunas lágrimas. Pero ha sido un llanto contenido, motivado por la presencia vívida de sus autoras, Ángeles e Isabel, y por sus palabras, sus inventos y su creativo vivir la escuela sintiendo a cada niño y a cada niña como pájaros silvestres, como coloridas camelias.

El caso es que su lectura me ha llenado de emoción y no quiero que se desvanezca este calor esperanzado, ni que desaparezcan de mis ojos esas lágrimas alegres. Así recordaré que es preciso anunciar este libro, y pregonarlo, proclamarlo, extenderlo, estirarlo, porque intuyo que ha de cumplir un serio cometido: ha de llegar a muchos maestros, ha de encenderles o reavivarles la chispa del sueño pedagógico, ha de hacerles mirar a los niños uno por uno, ha de llegarles adentro.

Cuando me pidieron que lo presentara al mundo, pensé que prologarlo sería una labor más tranquila, y es que no sabía que el libro era un volcán imperioso y apasionante. No lo sabía aún, pero a medida que lo fui leyendo y releendo, se iban despertando en mí sentimientos, conexiones, sueños, evocaciones, deseos... Y he quedado bastante removida.

Sin embargo, no voy a esperar a recobrar la calma para hablar de él, prefiero lanzarme a expresar con claridad que este texto, repleto de experiencias y conocimientos acumulados, vale la pena y

mucho, por sus ideas brillantes, sus hermosas imágenes, sus críticas contundentes, sus reflexiones realistas, su apertura, su amor a la naturaleza y a la cultura, y el trabajo fuerte, tenaz y delicado que lo sustenta. Así lo veo y así he de contarlo.

Las autoras son dos maestras-abejas aplicadas a criar mieles y niños, a taparlos con sus mantas de colores, a quererlos con fuerza y fidelidad, a envolverlos con sus hilos de libertad y aprendizaje. Ellas piensan por sí mismas, con la seguridad que da el saber lo que se quiere, con la sensibilidad puesta en entender y estar cerca de la infancia, y no de las obligaciones sin sentido que aceptamos y que a veces nos aplastan. Ellas piensan fuera de los renglones preestablecidos, de las prácticas grandilocuentes, de las modas pedagógicas al uso, y se sitúan enfrente de los tópicos, de los estereotipos, de las costumbres rutinizadoras, de las tareas vacías. Ellas piensan a favor de los niños y las niñas, de la belleza, de las familias, de la vida real, de la ilusión de acompañar a crecer y descubrir a otros.

Y han elaborado un texto en el que no solo se descubren ellas mismas con sus sensibilidades intuitivas y expertas, su complicidad de hermanas tejedoras y sus corazones inquietos y afectuosos, sino también los niños con sus curiosidades, sus ojos certeros y su vitalidad, las familias con su colaboración siempre a punto, y un entorno institucional que ha sido capaz de reconocer, valorar y cobijar esta magnífica obra, como así lo ha demostrado al darles un premio importante y significativo, el Premio de Pedagogía Marta Mata de la Asociación de Maestros Rosa Sensat.

Tuve la suerte de conocer a Marta Mata y de compartir con ella charlas y recuerdos, y creo que si hubiera tenido la oportunidad de estar en las escuelas de las hermanas Abelleira se habría puesto muy contenta. Ella sabía encontrar la autenticidad en los procesos, en las ideas y en las personas, y seguramente habría sentido el cuidado que las autoras de este libro aplican a su trabajo, a sus alumnos, a su quehacer educativo. Y le habría gustado ver cómo la cultura puede volverse maleable para estar a disposición de los niños, cómo las palabras se pueden meter en botes para utilizar como especias sabrosas cuando nos hacen falta, cómo las fresas pueden crecer en las botas de agua a base de tierra y de riego cariñoso, cómo la urdimbre de la escuela puede sostener un tejido hecho de niños, de familias, de maestras, de saberes y de afectos compartidos.

De hecho, al principio del texto aparece el concepto de *urdimbre* y se nos presenta un modo de entender la educación que nos lleva

a los maestros a pensar, a matizar, a profundizar, a contrastar con nuestra realidad y a debatir con los compañeros. No es otra cosa que una invitación a crear nuestra propia urdimbre o modelo educativo.

Para cumplir debidamente con mi obligación de prologuista, que comparto con mi querida amiga Beatriz Trueba, de la que tanto he aprendido, diré también que en el libro no hay enunciaciones huecas, neutrales, ni simples. Cuando las autoras dicen que cada niño es como una mantita nueva que se ha de tejer con los hilos pertinentes, lo hacen realidad con su labor de estar con ellos y verlos medrar, avanzar, cambiar y mejorar a ojos vistas, ante sí mismos y ante los demás.

Cuando dicen que la escuela se ha de mostrar, de cara a la comunidad, culta, inteligente, profesional y abierta, lo hacen realidad con su profundización en los matices de las palabras, en los poemas esparcidos en la ciudad, en la investigación y en la rigurosidad de su tarea, ya sea sobre el tiempo, el teatro, el arte, los cuentos o el cuidado de las calabazas.

Cuando dicen que no creen en los «programas y manuales de emociones», lo demuestran con su trabajo sobre los inicios y los remates, sobre el valor de los recuerdos, de lo personal, con la comunicación, la escucha activa, los secretos cómplices, el catálogo de besos, la descripción de cada niño metida en una botella o en una caja decorada para que los conozcan mejor en el colegio de Primaria...

Cuando dicen que en la escuela no todo ha de ser una actividad pedagógica, lo demuestran con sus juegos, sus placenteros tanteos en el arte, sus fotos, sus sombras, sus almuerzos de pan de maíz o de pipas, y sus excursiones llenas de vida, de observación y de alegre convivencia.

Estas Abelleiras le sacan punta al otoño, a los sesenta días de lluvia, a la polilla que se comió la silla, al olor a libro, a sueño, a vida... Le sacan punta a la piel de los árboles, a medir, a pesar, a pintar. Le sacan punta a las palabras de miel, a los nidos de palabras, a la Maicena y al gallito de Portugal. Le sacan punta a vivir la cotidianidad sin desperdiciar las ocasiones que nos brinda, y que tanto hacen aprender y dar sentido a las cosas, como cuando se cuenta lo del bosque quemado, lo de los cuentos «de boca», la visita al Pazo, los cumpleaños, etc.

A mí, me han llegado al corazón, especialmente, las metáforas a modo de hilos que bautizan cada capítulo, los títulos de las activi-

dades y las maneras originales y tiernas de que los niños aprendan a agradecer, a saludar, a sonreír, a decir adiós.

Me ha tocado la idea de que en la escuela se puede «disfrutar sin más», el trabajo sobre la aceptación no solo de las diferencias, sino también de los desastres, y la dulce manera de «escuchar con el corazón».

Me han emocionado las fotos. Todas. Pero sobre todo las de las fresas crecidas en las botas, las de las camelias, las de los libros de cartón, las de la escultura de piedras con sus nombres, las de los paraguas rotos, las de los secretos...

Me han llegado al alma el arte, las palabras, las huellas, las llaves y los rollitos de anís.

Creo que se podría decir que este es un libro *elástico*, que es como nombran las autoras las actividades que dan de sí, que se estiran, que nunca se acaban, que parecen tener vida propia.

Un libro *elástico* que seguramente se plantará en quienes lo lean a modo de inspiración e irá germinando poco a poco para ayudar a cada maestro a encontrar su propio camino innovador.

Un libro *elástico* que dará tanto de sí como estas maestras han dado de sí al regalarnos su reluciente tejido.

Un libro *elástico*, libado del adentro al afuera, libado por dos abejas que han encontrado las llaves de su maravilloso oficio.

Y me alegro de formar parte de él.

Y lo agradezco.